



RACHEL E. GROSS

VAGINA OSCURA

Un viaje diferente a la sexualidad femenina

Con ilustraciones de
ARMANDO VEVE

Traducción de
NOELIA GONZÁLEZ BARRANCOS



PASADO & PRESENTE
BARCELONA

Este libro va dirigido a cualquier mujer —cualquier persona— que se haya quedado perpleja alguna vez ante su propio cuerpo. A cualquiera que haya tenido la perturbadora sospecha de que todo lo que ha leído sobre su propia anatomía no ha sido escrito para ella, ni para nadie como ella. No te equivocas. Este libro está escrito para ti. Para cualquiera que se haya sentido incapaz de hablar de su cuerpo en un lenguaje que los demás pudieran comprender. Para cualquiera que desee entender mejor el legado con el que nacieron por mor de sus órganos reproductivos y de los cromosomas que danzan en el interior de cada una de sus células.

Espero que este libro os acoja de la misma manera que las extraordinarias mujeres y exploradoras que aparecen en él me acogieron a mí.

INTRODUCCIÓN

SE NOMBRA, SE RECLAMA, SE ENVILECE

Llega un momento en la vida de toda mujer en que su cuerpo se infla hasta rebasar los límites del conocimiento humano. En ese momento, se ve a sí misma como la ve la medicina: como un misterio. Un enigma. Una caja negra en la que, por alguna razón, nadie ha conseguido penetrar. A las personas con quienes he hablado para este libro las hicieron sentir que eran las únicas que tenían un cuerpo complicado e insurrecto. Les invadió la sospecha —o bien alguien se lo dijo sin tapujos— de que la culpa, en cierta manera, era suya; de que deberían sentirse avergonzadas, de que deberían tumbarse y recapacitar sobre lo que habían hecho.

Mi momento llegó en julio de 2018. Tenía veintinueve años y un picor que no me podía rascar. Llevaba un mes con la sensación de que mi vulva estaba a punto de echar a arder. En un primer momento, mi ginecóloga, la doctora Lori Picco, una mujer diminuta que no se anda con chiquitas, pensó que tenía una candidiasis particularmente fecunda. Sin embargo, un tratamiento con antifúngicos y dos ciclos de antibióticos más tarde, me dio malas noticias: mi tormento era una infección bacteriana de la que nunca había oído hablar. En el caso de la mitad de las mujeres que la padecen, la infección vuelve a aparecer de vez en cuando, sin avisar, como el topo del juego «Aplasta al topo».

Había un último tratamiento que podía probar. «Es un matarratas, básicamente —me dijo la doctora Picco—. Lo vas a encontrar por Internet de todas formas, así que mejor te lo explico ya». Se llama ácido bórico y, gracias a su poder para acabar con hongos y bacterias, se ha venido usando desde la primera década del siglo XIX en ungüentos antibacterianos, duchas vaginales e insecticidas para cucarachas y arañas. La idea era arrasar el ecosistema del interior de mi vagina, eliminar por completo tanto las bacterias malas como las buenas para empezar de cero.

No sonaba muy bien, la verdad, pero tampoco sonaba bien tener una infección de por vida.

Estoy más dispuesta que la mayoría a seguir las recomendaciones de mi médico. Soy hija de científicos: de una doctora (mi madre), un físico teórico (mi padre) y una genetista molecular (mi madrastra). Yo misma contaba con un título de máster en periodismo científico y trabajaba como editora de contenido científico digital para la revista *Smithsonian*; un trabajo para el que consideraba poseer un cierto dominio del lenguaje, al menos en un nivel coloquial, a la hora de hablar de cosas como células, biología u organismos. Confiaba en gran medida en la medicina y confiaba, sin duda, en la doctora Picco, que siempre había tratado mi vagina con una eficacia parca y formal.

Me tomé el veneno como una buena paciente, todas las noches, tumbada bocarriba. Durante diez días. Sin embargo, una noche, cometí un error. Agotada después de llevar semanas con picores subrepticios, pensando en el picor e intentando no sentir picor, me quedé dormida temprano. Cuando me volví a despertar, eran las tres de la mañana y sentía un hormigueo que me decía que algo no andaba bien. Fui dando tumbos hasta el cuarto de baño, medio dormida, y abrí mi pastillero naranja. Sin pensármelo, me tragué el veneno para la vagina.

Me senté en el váter, petrificada.

Saqué el móvil y me puse a escribir con frenesí en el cuadro de búsqueda de Google. El resultado más relevante era un estudio titulado «Fatal ingestion of boric acid in an adult» (Ingestión mortal de ácido bórico en un adulto).^{*1} Comenzaba del siguiente modo: «El ácido bórico es un veneno peligroso. La intoxicación con este químico puede ser aguda o crónica».

Volví a toda prisa al dormitorio y zarandé a mi novio hasta despertarlo, pero no me salían las palabras. Hasta ese momento, no le había dicho nada de la medicación que estaba tomando. Como es lógico, sabía que lo que fuera que me estuviera pasando ahí abajo no tenía nada que ver con mi autoestima y, aun así, en algún rincón de mi ser, persistía la sensación de estar sucia, contaminada, de ser radiactiva; de tener una especie de campo de fuerza de la vergüenza alrededor de mis

* La traducción de todas las citas y referencias que aparecen a lo largo de estas páginas corresponde a la traductora del libro, si bien, en el caso de las obras traducidas y publicadas en castellano, se incluye la referencia de la traducción por si el lector desea consultarla. (*N. de la t.*)

partes bajas. Ni siquiera yo, ni siquiera en 2018... de la «zarza ardiente» no se habla.

«Creo que me he tragado algo que no debería haberme tragado», le dije con el hilillo de voz propio de una niña. Mi novio le echó un vistazo a mi teléfono y se empezó a poner los zapatos. Tocaba ir a Urgencias.

Recuerdo que, ya en la cama del hospital, bajo los tubos fluorescentes, me empecé a sentir profundamente ajena a mi cuerpo. Me imaginaba cómo me hacían un lavado de estómago, cómo me sobrevenían convulsiones por la conmoción y se apoderaba de mí una fuerza más grande que yo misma.

Bajo la superficie de aquella desconexión había algo más: traición; indignación. Se supone que esto no debería haber pasado. Me consideraba a mí misma una mujer culta, racional y dotada de una mente científica, equipada con las herramientas necesarias para controlar su propia vida. ¿Por qué no conocía el funcionamiento profundo de mi propio cuerpo? ¿Por qué tampoco lo conocían mi ginecóloga ni ninguno de los doctores con los que me había topado, expertos en medicina que se han pasado la vida estudiando y cuidando cuerpos como el mío? ¿Por qué, por el amor de Dios, me había recomendado mi ginecóloga que me metiera matarratas por la vagina?

Entonces me sacudió un pensamiento: no sabía prácticamente nada sobre el funcionamiento de mi vagina.

En ese preciso momento, nació este libro.

Me embarqué en la escritura de un libro sobre la ciencia que rodea la vagina. Sería un libro divertido y desenfadado y estaría repleto de maravillas; un viaje, al estilo de la Srta. Rizos, hasta las profundidades íntimas del cuerpo humano.* No obstante, no tardé en percatarme de que tenía un problema: existen enormes lagunas en nuestro entendimiento del cuerpo femenino. La mayor parte de la comprensión científica sobre el tema a nuestro alcance se ha erigido a partir del estudio

* La Srta. Valeria Rizos (Ms. Valerie Frizzle en inglés) es la protagonista de *The Magic School Bus (El autobús mágico)*, unos libros de divulgación científica dirigidos al público infantil que fueron publicados en los años ochenta y adaptados para la televisión en una serie de animación en los noventa. Valeria es una maestra de primaria con diversos másteres y doctorados en ciencias que, a bordo de un autobús escolar mágico, se embarca con sus alumnos en mil y una aventuras para desvelar misterios científicos. (*N. de la t.*)

del cuerpo masculino. No fue hasta 1993, y como consecuencia del Women's Health Movement (Movimiento por la Salud de las Mujeres o WHM), cuando se dictó una orden judicial federal que obligaba a los investigadores a incluir a mujeres y minorías en la investigación clínica.² La doctora Janine Austin Clayton, directora asociada de investigación relacionada con la salud de la mujer en el National Institutes of Health (Institutos Nacionales de Salud o NIH, por sus siglas en inglés), lo expresó de la siguiente forma en 2014: «En comparación, sabemos menos sobre los aspectos de la biología femenina que sobre los de la biología masculina».

Hasta hace poco, la investigación médica sobre la mujer que se llevaba a cabo en este país se centraba en la fertilidad. Como me dijo una persona experta en endometriosis: «A nadie en el Congreso le importa en realidad el útero si no hay un bebé dentro». El NIH no inauguró una rama de ginecología centrada de manera específica en la salud de las vulvas, las vaginas, los ovarios y los úteros hasta el año 2014. Esa fue prácticamente la primera vez que una rama de investigación de ámbito federal reconocía que dichos órganos son una parte integral de la salud de las mujeres, tengan estas o no la intención de quedarse embarazadas. Por otra parte, incluso estas investigaciones se desarrollan en el marco del National Institute of Child Health and Development (Instituto Nacional de Salud y Desarrollo Infantil o NICHD, por sus siglas en inglés). «¿Qué parte del NIH se interesa por los genitales femeninos? No resulta intuitivo —comenta la doctora Diana Bianci, directora del instituto—, pero, de hecho, somos principalmente nosotros».³

En consecuencia, hay partes de nuestro propio cuerpo que son menos conocidas que el fondo del océano o la superficie de Marte. La mayoría de los investigadores con quienes he hablado culpan de dichas lagunas al problema de la caja negra: el cuerpo femenino se considera más complejo y misterioso, y gran parte de sus cañerías se encuentra en el interior. Para penetrar en él, hemos requerido herramientas de escaneo de alta tecnología; unas herramientas con las que no hemos contado hasta décadas recientes. Cuando escuché estas respuestas, no pude evitar pensar en las cosas que la ciencia ha logrado en el siglo XXI: llevar un róver a Marte, crear un bebé triparental o construir un útero artificial para ovejas. ¿Y no hemos logrado descifrar la composición de la mucosidad vaginal?

Según he podido entender, no se trata únicamente de que falten las herramientas, sino de que falta voluntad. Ya desde Darwin, los cientí-

ficos han considerado las vaginas y sus accesorios menos interesantes, importantes y dinámicos que los penes. Les daría igual, o vergüenza, o quizá insistieran en seguir concibiendo a las mujeres como seres meramente reproductivos y no sexuales. «Solo ves lo que estás buscando —me dijo Scott Pitnick, un biólogo del gameto masculino que estudia las interacciones entre el esperma y los flujos femeninos—. Si no esperas que las mujeres sean importantes o que su contribución sea significativa, no las estudias, así de simple».

Al verse presionados, tanto este biólogo como otros reconocieron que, en el fondo, esta discrepancia se debe al sexismo que existe tanto en la ciencia como entre las personas que llevan a cabo las investigaciones. Durante la mayor parte de la historia, las mujeres (en especial las mujeres de color, las mujeres trans y las mujeres que forman parte de una minoría sexual) han sido excluidas de estos comeditos que, supuestamente, son universales. Al recabar información para el libro, se me ha hecho cada vez más evidente que ambos problemas son inseparables: la marginalización de los cuerpos femeninos en las ciencias se debe, en gran medida, a que las mujeres están marginadas en las ciencias.

Este tipo de sesgos se remontan al nacimiento de la medicina occidental, al mismísimo padre de los doctores, Hipócrates. El más venerado de los médicos griegos, que dio nombre al juramento hipocrático, no estudió jamás a una mujer humana. Debido a los tabús culturales y a la escasez de cadáveres de mujeres, Hipócrates basó sus teorías principalmente en la palabra de matronas y mujeres que se examinaban a sí mismas. «Yo solo sé lo que me han enseñado las mujeres», afirmaría. Ese detalle no hizo que se abstuviera de nombrar nuestras partes sexuales.

Hacia el 400 a. C., Hipócrates consideraba los genitales masculinos y femeninos τὸ αἰδοῖον. Significa «las partes pudendas» y hace referencia a Aidos, diosa de la vergüenza y la modestia, propensa a ruborizarse. En otras palabras, el estudio de la sexualidad estuvo tocado por la vergüenza desde el principio. No obstante, esa vergüenza solo la arrastran las mujeres. En 1545, un anatomista francés diseccionó un clítoris humano, al que bautizó con el nombre de *membre honteux*: el «miembro de la vergüenza». Muchos tratados médicos siguen refiriéndose a la vulva (toda la parte externa de los genitales femeninos) con la palabra latina *pudendum*, que se puede traducir como «parte de la que

deberías avergonzarte».*⁴ La palabra alemana para designar los labios es Schamlippen («labios de la vergüenza»).

Estas raíces históricas se alargan hasta nuestros días. Al hablarle a la gente de lo que estoy escribiendo, siempre me maravilla comprobar cuántas personas estaban esperando un libro así. Cuando se lo dije a mi colega, Beth, una editora desenvuelta y con un humor retorcido que trabaja en *Smithsonian*, me miró con cierto asombro. Durante los dos años que llevábamos trabajando juntas, Beth siempre había tenido sobre su mesa un ovario de fieltro color lavanda cosido a mano, recuerdo de la gónada de carne y hueso que le extirparon tras su tratamiento contra un cáncer en los órganos reproductivos, y, aun así, a sus cincuenta y cinco años, admitía no ser capaz de decir la palabra «vagina». Beth se inclinó hacia mí y me dijo avergonzada que sus padres la habían enseñado a decir, en cambio, «trasero delantero».**

Beth no está sola. Somos una sociedad con una incapacidad profunda a la hora de hablar de nuestra propia anatomía, lo cual se debe tanto a la ignorancia como a una antigua sensación de vergüenza. Según algunas encuestas, casi la mitad de las mujeres británicas (y un cuarto de las estadounidenses) son incapaces de identificar la vagina en un diagrama médico, y aún son menos las que saben dónde se encuentra la vulva o el cérvix.⁵ Las niñas inglesas aprenden a referirse a sus vaginas con nombres tan cucos como «tuppence» («dos peniques»), «foo-foo» («tontón»), «fairy» («hada»), «fanny» («chichi») o «minnie» («mami»).*** ¿Cómo podemos esperar que esas niñas se conviertan en adultas con conocimientos y autoridad sobre sus cuerpos si carecen del lenguaje para hablar de ellos?

Momentos así me producían tristeza, rabia y confusión. Reforzaban las razones por las que estaba dedicando tres años de mi vida a lla-

* Si bien en 2020 se retiró oficialmente el término del diccionario internacional de terminología anatómica tras un acalorado debate.

** En la actualidad, Beth utiliza con orgullo la palabra «vagina» en conversaciones cotidianas, incluso cuando no es estrictamente necesario.

*** *Tuppence* es la más antigua y quiere decir, literalmente, «moneda de dos peniques»; su origen no está claro. Por su parte, *foo-foo* es un término coloquial para «tonto», «simplón», que también se usa para referirse a algo elegante y muy femenino, además de ser el nombre que recibe una masa a base de plátano que se usa en la comida africana (fufu). *Fairy* significa «hada», mientras que «fanny» se considera una palabra muy vulgar que podría equivaler a «chichi». Por último, *minnie* es un término cariñoso para «madre» en Escocia. (*N. de la t.*)

mar a gente y hacer preguntas sobre vaginas: vaginas jóvenes, vaginas maduras, vaginas de pato, vaginas de delfín, vaginas sanas, vaginas enfermas, vaginas en flagrante y vaginas creadas mediante bioingeniería en laboratorios. La razón por la cual lo estaba haciendo era que nadie más se había puesto a ello y todas sufríamos las consecuencias, lo supe o no.

Las consecuencias de mi propia falta de conocimientos sobre mí misma resultaron ser moderadas. Tras hacer una llamada a la Unidad de Toxicología, el doctor que me atendió en Urgencias me aseguró que la dosis que había tomado distaba de ser suficiente como para requerir un lavado de estómago. Poco después, desapareció mi infección. Pero, como las demás mujeres de este libro, la experiencia me inició en un viaje hacia un mayor entendimiento. Muchas de ellas se han visto también en el hospital, en pruebas experimentales de investigación o en primera línea de la investigación reproductiva, en busca de respuestas a preguntas íntimas que nos afectan a todas. Para ellas, las consecuencias fueron a menudo de un orden de magnitud mayor.

Hoy en día, las mujeres y personas LGBTQ que se dedican a la ciencia están examinando de nuevo este ámbito y desvelando todo lo que las generaciones anteriores han pasado por alto. El paisaje que cartografían bien podría ser el de un planeta muy diferente al mundo dominado por la vergüenza imaginado por Hipócrates; un mundo donde el clítoris reina sobre su vasto reino subterráneo, el canal vaginal abunda en soldados bacterianos y los ovarios se revitalizan al bombear óvulos nuevos.

Este libro te llevará hasta los laboratorios de anatomía de la Universidad de Melbourne para conocer a la doctora que aprendió en la facultad de Medicina que el clítoris era pequeño y diminuto, y que ahora utiliza técnicas de escaneo modernas para revelar la verdadera forma de este órgano majestuoso (capítulo 2). Te llevará a la universidad donde una bióloga de Boston está creando ovarios artificiales con la esperanza de proteger a la generación de su hija de parte de las reacciones en cascada para la salud que se asocian a la menopausia (capítulo 6). Te llevará a San Mateo, California, a conocer a la cirujana que está transformando la cirugía de afirmación de género con el fin de poder proporcionarles a sus pacientes la experiencia que ella desearía haber tenido cuando se sometió a su propia cirugía en México, en los años noventa del siglo pasado (capítulo 8).

Asimismo, te llevará a los anales de la historia, donde descubrirás que las mujeres siempre han formado parte de este relato; a menudo, entre bastidores, sin recibir crédito alguno y fuera del ámbito académico oficial. Haremos paradas en la Antigua Grecia de Hipócrates, en la Inglaterra victoriana de Darwin y en el Austria de entreguerras de Freud: los hitos del relato tradicional sobre cómo se conquistó el cuerpo femenino. Estos hombres se vieron a sí mismos como atrevidos exploradores que clavaban banderas en territorio sin explorar. Sin embargo, no fueron los primeros en visitarlos, ni serían los últimos. Al dejar atrás esos cuentos manidos, te encontrarás con científicas de laboratorio obstinadas, como Miriam Menkin, la primera investigadora que logró fecundar un óvulo humano fuera del cuerpo (capítulo 5), y pioneras como la princesa Marie Bonaparte, quien, pese a su falta de formación médica formal, descubrió nuevos datos sobre el clítoris en una época en que el órgano era ignorado y vilipendiado (capítulo 1).

En la actualidad, incluso el concepto de cuerpo femenino está atravesando una profunda transformación. Hace tiempo que la ciencia separa el amplio espectro de los cuerpos humanos en dos cajones: masculino y femenino. Gran parte de la medicina moderna se afirma en el supuesto de que el sexo solo puede ser una cosa entre dos, dos trenes que discurren a la par por vías separadas y paralelas. En cambio, una y otra vez, la biología ha demostrado que esto no es así.⁶ Ahora sabemos que el sexo y el género no son binarios y que la identidad, los cromosomas, los genitales, las gónadas y las hormonas rara vez dibujan una línea clara. Los cuerpos existen en un espectro, en una permutación de formas infinitas increíblemente hermosas.

Cuanto más abracemos estas conexiones, más haremos avanzar la ciencia de todos los cuerpos. Las personas que investigan la endometriosis, por ejemplo, están descubriendo que los patrones de inflamaciones que subyacen a la enfermedad afectan asimismo a la salud y la fertilidad de los cuerpos masculinos. Las nuevas investigaciones acerca de la microbiota vaginal ayudan a comprender mejor el papel de la microbiota del pene. El estudio de los poderes regenerativos de los testículos nos permite volver a ver los ovarios no como reservas meneguantes, sino como semilleros de crecimiento y regeneración.

Una de las preguntas que me vi haciéndole a los científicos con más frecuencia mientras me documentaba para este libro es la siguiente:

¿por qué la ciencia no ha investigado hasta ahora [piensa en algo obvio]? Por ejemplo: ¿qué constituye un ecosistema vaginal sano? ¿Cómo funciona realmente el ciclo menstrual? ¿Qué es en realidad el punto G? En todas las ocasiones, recibí como respuesta alguna variación de la frase «no ves lo que no estás buscando», o «ves lo que esperas ver». En muchos sentidos, este libro trata de diferentes modos de mirar.

La ciencia la hacen los científicos, los cuales viven en sus respectivas épocas, en su propia piel. Miran al mundo no solo a través de microscopios y telescopios, sino a través de su propia lente, limitada y humana. Y, durante la mayor parte de la historia de la humanidad, dichos científicos han sido occidentales, blancos y hombres, conformados por las actitudes y las políticas de su tiempo, y el conocimiento que alumbraron reforzó y perpetuó a su vez esas mismas políticas. A lo largo de la historia, se ha utilizado el conocimiento científico para silenciar a unos y privilegiar a otros, para decidir qué cuerpos valen la pena y cuáles no.

Espero que este libro pueda iluminar las anteojeras que limitaron lo que aquellos primeros anatomistas fueron capaces de ver; que suponga un desafío a la idea de que el conocimiento que produjeron es objetivo; que muestre cómo, más allá de aquel horizonte, quedaban cosas por ver y conocer.

Cuando aquellos hombres miraban a las mujeres, las vislumbraban a menudo a través de la lente de la reproducción: las mujeres eran vientres con piernas, máquinas de hacer bebés, diferencia sexual. Hoy en día, una nueva generación piensa fuera de ese marco establecido. Mira esos órganos, involucrados principalmente en la reproducción (el útero, los ovarios, la vagina), y los ve como partes de un todo mayor; los percibe dinámicos, activos y resilientes, como una ventana que da a procesos más universales, como la curación y la regeneración.

No puedes imaginar lo que no puedes ver, pero no puedes ver lo que no puedes imaginar. Las personas y los descubrimientos que aparecen en este libro son el testimonio de lo que podemos ver si imaginamos de un modo diferente.

SOBRE LO INADECUADO DEL LENGUAJE

Al escribir el libro, me daba cuenta de que no hay palabras correctas para lo que nos traemos entre manos: la constelación de órganos invo-

lucrados en el sexo, el nacimiento y la reproducción, entre muchas más cosas. En jerga médica, reciben el nombre colectivo de «sistema reproductivo femenino», pero esa frase, además de ser un trabalenguas, no termina de abarcarlo todo con precisión. Por ejemplo, el clítoris no se considera a menudo un órgano reproductivo en absoluto. Por otro lado, hay órganos reproductivos de los que no hablo en el libro, como las mamas (o la médula ósea, que para algunos investigadores debería considerarse parte de la reproducción puesto que hay células madre procedentes de los huesos que viajan hasta el útero durante el ciclo menstrual para ayudarlo a regenerar su pared).

Hay otras razones por las cuales «sistema reproductivo» se queda corto. Los ovarios no solo fabrican óvulos, también bombean un cóctel de hormonas encargado de mantener con salud prácticamente todos los órganos, como el corazón, los huesos o el cerebro. La microbiota vaginal es una extensión del sistema inmunológico del cuerpo, y protege dicho espacio liminal de los intrusos mientras mantiene el equilibrio corporal a raya. El útero forma parte de una danza intrincada que abarca todo el cuerpo, pues intercambia células madre y células inmunitarias con la sangre y la médula ósea. Juntos, estos órganos forman algo mayor, una red de ríos y senderos que se comunican entre sí y que trabajan juntos para mantener tu equilibrio.

La falta de un término adecuado para un conjunto tan integral de órganos habla por sí sola. Se trata de una región del cuerpo de la que todavía nos cuesta hablar, tanto en sentido literal como figurado. El silencio, el estigma y, sí, la vergüenza, siguen lastrando la conversación —y la ciencia— que rodea al cuerpo femenino. Por último, he usado «vagina» en el título porque es una palabra reconocida, si bien es importante tener en cuenta que, aunque este libro arrancó siendo un libro sobre la ciencia de las vaginas, lo cierto es que trata sobre muchas más cosas. Es también un libro sobre las razones por las que no contamos con un nombre adecuado para la vagina (*et al.*), y, tal vez, una ojeada a un futuro en el que eso haya cambiado.

A lo largo del libro, utilizo la palabra «mujer» de modos diferentes. A menudo la utilizo en su sentido histórico, para mostrar cómo los hombres han trazado una línea alrededor de las personas con ciertas partes corporales y han asignado a dichas personas la categoría de «mujer». Para esos hombres, nacer mujer significaba estar destinada a ser madre,

esposa, ayudante, «una criaturita sin pene», como dijo, de un modo encantador, Sigmund Freud. Considero que es importante arrojar luz sobre los criterios anatómicos que utilizaron esos hombres a la hora de crear las categorías que se utilizarían posteriormente para limitar y constreñir a las personas con un cuerpo determinado.

En la realidad, no todas las personas con vaginas y úteros son mujeres, del mismo modo que no todas las personas con penes y testículos son hombres. Incluso términos que suenan objetivos, como «sexo», «masculino» y «femenino» no son puros y ninguno de ellos representa una opción biológica clara. Hay mujeres que nacen con un clítoris más grande de lo habitual, o sin ovarios, o con niveles elevados de testosterona. Hay mujeres que pierden sus ovarios y úteros en histerectomías u otras intervenciones médicas. Asimismo, hay personas que no entran en la categoría de «mujer», pese a tener las partes corporales de las que estamos hablando, y que, a lo largo de la historia, han sido juzgadas en consecuencia: personas intersexuales, gente no binaria, hombres trans. Espero que estas personas encuentren también algo valioso aquí.

En este libro, muestro algunos modos de que se ha servido la ciencia en el pasado para definir a las mujeres. En mi esfuerzo por escribir esta historia me tropiezo alguna que otra vez al intentar dejar atrás esas definiciones binaristas. En última instancia, espero que nosotras —tú, yo, la ciencia— seamos capaces de encontrar definiciones nuevas. Voy a dejar una cosa clara: la esencia de una mujer no está en su vientre. No la definen su biología, la sociedad, la ciencia, los hombres ni otras mujeres. La define su entendimiento de ser mujer. Eres tú, que lees este libro, quien decide si el término «mujer» se refiere a ti.

ÍNDICE

<i>Introducción. Se nombra, se reclama, se envilece</i>	9
1. DESEO (GLANDE DEL CLÍTORIS)	21
2. COMPLETITUD (CLÍTORIS INTERNO)	49
3. RESILIENCIA (VAGINA)	81
4. PROTECCIÓN (MICROBIOTA VAGINAL)	113
5. CREACIÓN (ÓVULO)	137
6. PODER (OVARIOS)	169
7. REGENERACIÓN (ÚTERO)	205
8. BELLEZA (NEOVAGINA)	237
<i>Epílogo</i>	269
<i>Agradecimientos</i>	275
<i>Notas</i>	279
<i>Índice alfabético</i>	313